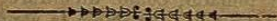


haber osado lo suficiente. ¡Tan cierto es que la timidez de las naciones no es menos funesta que la debilidad de los reyes, y que un pueblo que no sabe tomar y guardar todo lo que le pertenece, trabaja á la vez en favor de la tiranía y de la anarquía! La Asamblea se atrevió á todo, excepto á reinar. ¡El reinado de la revolucion no podia llamarse sino república! La Asamblea dejó este nombre á las facciones y esta forma al Terror. Esta fué su falta. Ella la espíó, pero la espionacion de aquella falta no ha concluido todavía para la Francia.



LIBRO OCTAVO.

El rey trata de afirmarse.—Medios de que se vale.—Primeras reuniones de los patriotas republicanos.—Madama Roland es el centro de estas reuniones.—Su retrato.—Su vida.—Su casamiento.—La Platiere.—Descripcion.—Mr. y Mad. Roland en Paris.—Relaciones de estos con los hombres del partido popular.

1.

Mientras el rey aislado en la cumbre del poder constitucional, trataba de buscar su aplomo, ya por medio de negociaciones peligrosas con los extranjeros, ya probando todos los medios imaginables del soborno en lo interior del reino: otros hombres, á quienes no se distinguía entonces sino bajo la denominacion comun de patriotas, y que mas tarde se dividieron en jacobinos y girondinos, empezaban ya á reunirse y á formar el núcleo de la opinion republicana. Estos hombres eran Petion, Robespierre, Brissot, Buzot, Vergniaud, Guadet, Gensonné, Carra, Louvet, Ducos, Fonfrede, Duperrét, Sillery, Genlio y otros varios, cuyos nombres han quedado olvidados.

El hogar de una jóven, hija de un grabador del Ma-lecon de los plateros, fué el centro de la reunion de todas estas notabilidades revolucionarias. Allí fué donde se encontraron la *Gironda* y la *Montaña*, partidos á cual mas respetables en la revolucion; allí donde se unieron para volver á dividirse, y allí finalmente, en donde despues de haber conquistado juntos el poder y haber derribado la monarquía, desgarraron con sus disensiones el seno de la patria y mataron la libertad al matarse ellos entre sí.

No eran ni la ambicion, ni los bienes de fortuna, ni la celebridad, los motivos que habian tenido estos corifeos de la libertad para preferir la casa de Mr. Roland á cualquier otra. La identidad de opinion era lo único que les habia impulsado hácia una muger, que no tenia entonces ni lujo, ni crédito, ni un nombre conocido del público. Llevábales allí ese culto interior que los talentos privilegiados quieren tributar tanto en público como en secreto, ó una filosofía nueva, que promete hacer la felicidad de los hombres; iban por fin á aquel sitio, movidos por la atraccion invisible de una misma fé, y por la necesidad que tenian de unir sus almas, antes de asociarse unos á otros para empezar á obrar. Hasta tanto que los pensamientos comunes entre hombres políticos, han hallado un centro en donde fecundarse y organizarse por un mútuo contacto, nada puede realizarse. Las revoluciones no son sino unas ideas, la comunidad de estas es la que forma á los partidos.

El alma pura de una muger ardientemente apasionado por las nuevas ideas, era el centro á donde debian converger todos los rayos de la nueva verdad, para avivarse allí al abrigo de su corazon, y para encender la hoguera en donde habian de poseer todas las antiguas instituciones políticas. Los hombres poseen el genio de la verdad; solo las mugeres obtienen el sentimiento apasionado de ellas. Se necesita que haya un cierto fondo

de amor en todas las creaciones, pues parece que la verdad tiene dos sexos como la naturaleza. En el origen de todas las cosas notables, se halla siempre una muger; preciso era pues que la revolucion tuviese tambien la suya. La filosofía encontró lo que buscaba con tener en su partido á madama Roland.

El historiador, arrastrado por el movimiento de los sucesos que va describiendo, debe sin embargo detenerse ante esta severa é interesante figura, así como los transeúntes se detuvieron á contemplar sus sublimes facciones, y su vestido blanco, sobre la fatal carreta que conducia al suplicio á millares de victimas. Para comprender á esta muger, es preciso seguirla desde el taller de su padre hasta el cadalso. La muger es la que mas contribuye á depositar el germen de la virtud en nuestros corazones; en la vida privada, es en donde existe casi siempre el secreto de la vida pública.

II.

Madama Roland, que á la sazón era jóven, bella, y de un talento brillante, habia nacido en esa clase en que las familias apenas emancipadas del trabajo corporal, son una especie de seres anfibios, medio proletarios, medio acomodados, que conservando aun en sus costumbres las virtudes y la sencillez del pueblo, empiezan ya á participar por otro lado de las luces de la sociedad. Cuando caen las aristocracias, las naciones se regeneran. Allí está la sávia que anima á los pueblos. Allí era donde habia nacido Juan Jacobo Rousseau, tipo viril de madama Roland. Habíase casado esta algunos años antes con un hombre de costumbres austeras, y ya tenia un hijo en la época de que vamos tratando. Aun se conserva un retrato de cuando madama Roland era niña, en el cual está

con un libro en una mano y un buril en la otra. Este retrato es la definición simbólica de la convicción social en que habia nacido aquella señora, es decir, en el punto intermedio entre el trabajo material y el del pensamiento.

Su padre, Graciano Fitipon, era grabador y pintor en esmaltes. A estos dos oficios unia la profesion de comerciante en joyería. Este hombre aspiraba á salir de la modesta esfera en que la suerte le habia colocado, y queriendo hacer siempre mas de lo que le permitian sus fuerzas, era una especie de aventurero industrial, que arruinaba á cada paso su mediana fortuna, por quererla estender mas de lo que era razonable, hasta ponerla á la altura de sus sueños de ambicion. Adoraba este hombre á su hija, y la destinaba en su imaginacion á una posición de las mas ventajosas, para lo cual le hacia dar una educacion tan esmerada como la de las mas grandes señoras, educacion que por otra parte estaba en proporcion con los dones de que la habia dotado la naturaleza con mano pródiga. Nadie ignora las privaciones y los disgustos que suelen proporcionar á las familias, los hombres que tienen un genio parecido al del padre de madama Roland.

Iba creciendo la jóven en aquella atmosfera de lujo aparente y de penuria efectiva. Dotada de un juicio prematuro, conocia aquel desarreglo, y se refugiaba en el buen sentido de su madre, contra las ilusiones de su padre y contra los presentimientos del porvenir.

Su madre, Margarita Bimont, era tambien muy hermosa, y su alma muy superior á la clase en que la habia tocado nacer. Una virtud angelical, y la resignacion que á ella es consiguiente, la libertaban á la vez de la ambicion y de la desesperacion. Madre de siete niños, de los cuales ninguno habia nacido vivo; todo su amor le habia reconcentrado en aquella hija, única que se habia libertado de la fatal suerte de sus hermanos. El amor de

esta muger hácia su hija, era muy racional, porque manteniendo en un justo equilibrio su corazon y su inteligencia, su imaginacion y su razon; la educaba como debian hacerlo todas las madres. Parecia que preveia de antemano el destino de aquella niña, porque en todo cuanto la enseñaba, habia cierta parte de aquella fortaleza que hace los héroes y los mártires. La naturaleza se prestaba admirablemente á ello. Esta habia dotado á la niña de un entendimiento mayor que su hermosura. La belleza de sus primeros años, descrita por ella misma en sus memorias, estaba muy lejos de haber adquirido aun el carácter de energia, de melancolia y de magestad, que la dieron mas tarde un amor contenido, unos pensamientos varoniles, y un cúmulo de desgracia.

Su estatura era regular, y su aptitud modesta y decente; sus cabellos negros y sus ojos de un azul un poco pardo, con una mirada tan viva como su alma, y que pasaba con rapidez de la ternura á la energia; su boca era un poco grande. Sus dientes de un esmalte brillante, su harba redonda, dando todas estas cosas á su cara ovalada, aquella gracia voluptuosa y femenil, sin la cual ni aun la mayor belleza puede producir el amor. Su voz era sonora, salida del pecho, que se modulaba profundamente, siguiendo los movimientos del corazon, con precioso, porque el sonido de la voz, que es en la muger la comunicacion de sus emociones, es en el orador el vehículo de la persuasion: bajo estos dos aspectos la naturaleza debia haberla concedido el encanto de la voz y así lo habia hecho. Tal era esta jóven á la edad de diez y ocho años, época que aun permanecia en la oscuridad, y permaneció aun en ella por largo tiempo, como para preparar su alma al martirio y para que adquiriese mas fortaleza y mas generosidad.

III.

Su entendimiento brillaba con un resplandor precoz, muy parecido á la inspiracion. Esta muger aspiraba, por decirlo así, á los conocimientos mas difíciles, y lo que se enseña en su edad y á las de su sexo no era suficiente para ella. La educacion varonil de los hombres tenia un gran atractivo, y era como una especie de juego para aquella muger cuyo carácter era de hombre. Su espíritu necesitaba jugar con los instrumentos del pensamiento, como por via de ejercicio. Religion, historia, filosofia, música, pintura, baile, ciencias exactas, quimica, lenguas extranjeras y sábias, todo lo aprendia sin poder saciar su deseo de aprender mas. Esta muger iba formando su pensamiento con todas las luces que la oscura condicion de su padre permitia penetrar hasta su taller. Escondia furtivamente los libros que los aprendices llevaban, y que se dejaban olvidados espresamente alli para que ella los leyese. Asi llegaron á sus manos las obras de Voltaire, de Rousseau y de los filósofos ingleses. Sin embargo, su lectura favorita era el Plutarco. «Jamás olvidaré, dice, la cuaresma de 1763, en cuya época llevaba todos los dias este libro á la iglesia como si fuese un devocionario: desde aquel momento datan las impresiones y las ideas que me hicieron republicana, sin que yo soñase siquiera entonces en el porvenir.» Despues de Plutarco, Fenelon fué quien halló mas simpatias en aquel corazon, y despues de este, el Tasso y los demas poetas. El heroismo, la virtud y el amor, debian derramarse de estos tres vasos reunidos en el alma de una muger destinada á la triple palpitacion de las grandes impresiones producidas por aquellas obras. En medio del fuego de su alma permanecia fria su razon, y sin mancha su pureza.

Apenas confiesa en sus escritos una que otra lijera emocion del corazon y de los sentidos. «Cuando leia ciertos libros, dice, detrás del biombo que tapaba la puerta de mi cuarto, en la misma sala donde vivia mi padre, mi respiracion era fuerte, y sentia un ardor repentino que me subia á la cara, conociendo que si hubiese hablado en aquel momento, mi voz alterada hubiese descubierto mi agitacion. En aquellos momentos, era yo Eucaris para Telémaco, y Herminia para Tancredo; pero aunque enteramente trasformada en ellas, no pensaba en ser nada yo misma con respecto á nadie. Nada buscaba yo á mi alrededor que se pareciese á lo que aquellas amaban, y cuanto en mí pasaba, no era mas que un sueño, que no dejaba en mí al despertar ninguna impresion de lo que tanto me habia preocupado. Acuérdome, sin embargo, de haber experimentado cierta connoccion á la vista de un pintor jóven llamado Taboral que venia con frecuencia á mi casa.

Tenia este veinte años, su voz era muy sonora, su figura interesante, y siempre que yo le hablaba se ponía encarnado como si fuese una niña. Cuando le oia hablar en el taller de mi padre, siempre se me ofrecia entrar allí á buscar un lapiz ó cualquiera otra cosa, pero como su presencia me embarazaba tanto como agradable me era, volvía á salirme mas de prisa aun de lo que habia entrado, si bien latiendo mi corazon con tanta violencia, y apoderándose de mí un temblor tan extraordinario, que me veia precisada á retirarme á mi cuarto para ocultar mi connoccion.

Aunque su madre era una persona muy piadosa no habia prohibido á su hija la lectura de aquellas obras. Esta muger llena de buen sentido, y de tolerancia, queria inspirarla la religion y no mandársela, y por esto la entregaba con confianza á su razon y no queria ni comprimir ni hacer que se agotase la savia que debia fructificar en adelante, en aquel corazon. Una religion servil

y no voluntaria, la parecía una degradacion y una esclavitud que Dios no podia aceptar, como un tributo digno de él. El alma pensativa de su hija se inclinaba naturalmente hácia aquellos grandes objetos de felicidad y de desdicha eterna, y se engolfaba mas profundamente que cualquiera otra en el insondable piélago de lo infinito. El sentimiento empezó á abrirse en ella por el amor á Dios. El sublime delirio de sus contemplaciones piadosas embellecia los primeros años de su adolescencia, resignó los siguientes á la filosofia, y parecia que debía reservarla para siempre de las borrascas de las pasiones. Su devocion fué ardiente y la hizo aspirar al claustro y soñar en el martirio. Entrada en un convento se tuvo por dichosa allí un cuanto tiempo, entregando su pensamiento al misticismo, y su corazon á esas primeras amistades de la vida, cuyo recuerdo no se borra jamás. La regularidad monótona de aquella vida, iba adormeciendo dulce é insensiblemente la actividad de sus meditaciones. En las horas de recreo en vez de ir á jugar con sus compañeras, se retiraba bajo alguno de los árboles del jardín, para leer y dar rienda suelta á su imaginacion con entera libertad. Apasionada y sensible como Rousseau, por la belleza de los campos y de los prados, y por el balsámico aroma de las plantas, admiraba la mano de Dios y la besaba y la bendecia en sus obras. Preparada de este modo por la impresion que habia hecho en ella el aspecto de la risueña naturaleza, llenábase su alma de un gozo interior y se veia como forzada á ir á adorar en la iglesia al autor de tan encantadoras bellezas. Allí los sonidos magestuosos del órgano acompañados de las voces melodiosas de las jóvenes esposas de Jesucristo, acababan por extasiarla y la arrancaban por decirlo así de este mundo engañoso, para elevarla á otra de santos y deliciosos goces. Hay en la religion católica todas las fascinaciones místicas capaces de arrebatar los sentidos, y todas las delicias que pueden satisfacer la imagina-

cion. Durante su permanencia en el convento una jóven tomó el velo, y al ver á la postulante en la reja del coro cubierta con su velo blanco y coronada de rosas; al oír los cánticos suaves y tranquilos que la acompañaban al separarse de este mundo para tomar el vuelo hácia el cielo, y al considerar aquella belleza tapada con el paño mortuorio, el corazon de madama Roland palpitaba con violencia, y era tal la impresion de la jóven artista al contemplar aquella ceremonia tierna, que las lágrimas inundaban su rostro. Su destino la ofrecia en esta ocasion la imágen de los grandes sacrificios, y ella presentia en sí de antemano el valor heróico que se necesita para llevarlos á cabo.

IV.

El encanto y el hábito de aquellas sensaciones religiosas, jamás se borraron de su alma. La filosofia que mas adelante fué su único culto disipó su fé, pero siempre dejó vivas aquellas primeras impresiones. No podia asistir sin hallar un grande atractivo y sin tener un profundo respeto hácia las ceremonias de un culto, cuyos misterios habia repudiado su razon. El espectáculo de tantos seres débiles reunidos para adorar é implorar el auxilio del padre de los hombres heria vivamente su pensamiento, y la solemne armonía de la música religiosa la elevaba hasta el cielo. Siempre era mas dichosa y mejor al salir de los templos cristianos que cuando habia entrado, porque todos los recuerdos de la infancia reflejan y se estienden hasta sobre la vida mas agitada.

Aquel gusto apasionado por lo infinito y aquel sentimiento piadoso de la naturaleza, continuaron dominando en ella despues que volvió á la casa de su padre. «La situacion de la casa de mis padres, dice, no es á propósi-

to para gozar en ella de la calma solitaria del convento. Situada, sin embargo, en un terreno muy espacioso, ofrecía aun á mi vista una gran porcion de objetos capaces de ocupar mi romántica imaginacion. ¡ Cuántas veces desde la ventana de mi cuarto, que daba al Norte, he contemplado con emocion los inmensos desiertos del cielo y su soberbia bóveda azulada, espléndidamente dibujada á lo lejos desde la salida del sol, hasta su postura, en cuya hora he admirado aquella masa refulgente que se escondía á mi vista entre cortinas de púrpura, detrás de los árboles de los campos Eliseos! Nunca dejaba yo de emplear algunos momentos en ver ponerse el sol de un hermoso día, y muchas veces este simple y magnífico espectáculo de la naturaleza, hacia correr dulces lágrimas por mis mejillas, en tanto que mi corazón rebosando en un sentimiento imposible de expresar, dichoso por sus latidos y lleno de reconocimiento por existir, ofrecía al Ser de los seres un homenaje puro y digno de él. » ¡ Ay de mí! Cuando ella escribía estas líneas, no veía ya sino el horizonte estrecho del cielo de París y el recuerdo de aquellas brillantes tardes, fué el único que iluminó como una ilusión fugitiva las paredes de su calabozo, al poco tiempo de haberlas escrito.

V.

Pero entonces aun vivía dichosa entre su tía Angélica y su madre, en lo que ella llama el hermoso barrio de la isla de San Luis.

En aquellos muelles tirados á cordel, y en aquellas tranquilas orillas, se paseaba las tardes de verano contemplando el curso gracioso del río y las verdes campiñas que se divisaban á lo lejos. Por la mañana movida de un santo y religioso celo atravesaba el muelle para

ir á oír misa, sin encontrar en aquel desierto camino nada que la distrajesse de su recogimiento piadoso. Su padre que la permitía dedicarse á los estudios sublimes y que estaba loco con los adelantos de su hija, quiso no obstante, iniciarla en su arte haciendo que empezase á grabar. Aprendió, pues, á manejar el buril y salió con esto, como con todo lo demás que se había propuesto. La única recompensa de su trabajo, eran algunos objetos de tocador, ó cualquiera otra cosa de las que tanto aprecian las jóvenes para su adorno, como un brazaletes, una sortija, ú otra cosa por el estilo. Segun confiesa, estas fruslerías tenían para ella un valor inestimable.

Mas este gusto natural á su sexo y á su edad no la hacia desdeñar las ocupaciones mas humildes de la casa. Despues de haber comparecido el domingo en la iglesia y en paseo, vestida con la mayor elegancia, no se ruborizaba entre semana de ir á la plaza con un vestido sencillo de percal, acompañando á su madre. Muchas veces salía tambien sola á comprar cualquiera otra cosa, que se le hubiese olvidado llevar á su madre por insignificante que fuese. Aunque estas pequeñeces que se ofrecen en todas las casas la contrariasen un poco porque la hacian descender de la elevacion adonde la habia conducido la lectura de Plutarco, asi como del cielo de sus ensueños, las desempeñaba con tanta gracia que nada se traslucía en su rostro del disgusto que semejantes ocupaciones la ocasionaban. Esta futura Eloisa del siglo XVIII que leía las obras mas sublimes, que explicaba los círculos de la esfera celeste, que sabia manejar el lapiz y el buril, y en cuya alma rodaban ya los pensamientos mas atrevidos, y los mas apasionados sentimientos, se veía muchas veces forzada á preparar las comidas en el modesto hogar de la casa de su padre. Esta mezcla de estudios graves, de ejercicios elegantes, y de faenas caseras, mandadas hacer por orden de su prudente é instruida madre, parecian destinadas á preparar

la desde muy temprano á las vicisitudes de su fortuna y mas tarde contribuyeron mucho á que supiera sobrellevarlas con paciencia. Pareciase entonces en esto á Rousseau cuando arreglaba la leñera de madama de Warens, con la misma mano que debia escribir el *Contrato social* ó á *Philopœmen* cortando leña en los bosques.

VI.

Desde la oscuridad de aquella vida retirada, distinguia algunas veces el mundo superior que brillaba por cima de ella, y los fugaces relámpagos que la hacian descubrir la alta sociedad, ofendian mas su vista de lo que la deslumbraban. El orgullo de aquel mundo aristocrático, que la veía sin reparar en ella, agobiaba su alma y una sociedad en que no ocupaba un rango, le parecia mal organizada, menos por un sentimiento de envidia que por el de la justicia que se sublevaba en su interior contra las distinciones del nacimiento.

Los seres superiores tienen su sitio destinado por Dios en la sociedad, y todo lo que les aparta de él les parece una usurpacion. Hallan que aquella trastorna á menudo el orden establecido por la naturaleza y se vengan de ella, mirándola con el mas profundo desprecio. De aquí nace el odio del genio, contra el poder. Aquel sueña en un orden de cosas en que los rangos estuviesen designados como un premio de la virtud y se ágría al ver que casi siempre se conceden al nacimiento, por un favor ciego del destino, los primeros puestos de la sociedad. Hay pocas almas grandes que no sientan al nacer los rigores de la fortuna y que al ver que esta no les es propia, dejen de sublevarse interiormente contra la sociedad en general. Otras hay, que movidas por miras mas altas, se resignan con la humilde condicion en

que Dios las ha colocado. Servir humildemente al mundo es mas hermoso que dominarles, pero este es el colmo de la virtud. La religion conduce á él en un dia, la filosofia no puede hacerlo sino al cabo de una larga vida y despues de experimentar muchas desgracias y á veces hasta la muerte. Hay dias en que el destino mas apetecible del mundo es el cadalso.

VII.

Vendo un dia la jóven en compañía de su abuela á una casa de las de la alta aristocracia, de la cual sus humildes parientes no eran por decirlo así, sino unos *libertos*, la contrarió dolorosamente el tono altanero aunque un tanto cariñoso con que á las dos las trataron. «Mi altivez, dice, se sorprendió al oír hablar de aquella manera; mi sangre hirvió con mas fuerza que de ordinario y sentí que se me subia á la cabeza. Yo no me preguntaba entonces por qué razon estaba la señora de la casa sentada en un magnífico sofá mientras mi abuela y yo permaneciamos en pie, pero tenia ese sentimiento que conduce á la reflexion; y vi gustosa terminarse la entrevista, con lo cual quedó aliviado mi corazon del grave peso que le oprimia.»

En otra ocasion la llevaron á pasar ocho dias á Versalles, en el palacio de aquellos reyes cuyo trono debia minar un dia. Alojada en las boardillas en el cuarto de una criada de una de las damas de palacio, vió de cerca aquel lujo régio que ella creia pagado por la miseria de los pueblos, y notó muy minuciosamente aquella grandeza de los reyes elevada sobre el servilismo de los cortesanos. Los tronos de los reyes, las cacerías, los paseos y demas diversiones de la córte no ofrecian á sus ojos sino toda la vanidad de tan estériles pompas. Aque-

llas supersticiones del poder, repugnaron á un alma empapada en las filosóficas ideas de verdad, de libertad y de antigua virtud. Los oscuros nombres de los parientes que la llevaban á presenciar este espectáculo, así como los humildes trages de que iban vestidos, eran causa de que la mirasen los cortesanos sin usar con ella la menor atención y sin dirigirla otras palabras que algunas que indicaban mas protección que respeto á su sexo y á su hermosura. El sentimiento íntimo de su juventud y de su mérito físico, pesaba sobre su corazón al ver que aquellos dotes pasaban desapercibidos por unos palacios, cuyo único Dios era el favor y cuyo solo culto era la mas rigurosa etiqueta. La filosofía, la altivez natural, la imaginación y la rigidez de su alma, se hallaban igualmente heridas en aquella régia mansión. «Prefería dice, las estatuas de los jardines á los brillantes personajes que veía en palacio.» Preguntándola su madre, si se divertía y si estaba contenta de haber hecho aquel viaje la respondió: «Estoy contenta, con tal que nos marchemos pronto, porque si permanecemos aquí unos dias mas, aborreceré tanto á estas gentes, que no sabré ya que hacer del odio que me inspiran. ¿Pues qué mal te han hecho? la contestó su madre. Me hacen conocer lo injustos que son y reparar en cuan absurdo es todo lo que estoy viendo.» Al ver aquel esplendor del despotismo de Luis XIV y la grande corrupción de su corte, no hacia sino pensar en Atenas sin acordarse de la muerte de Sócrates, del destierro de Aristides, ni de la sentencia de Foción. «No preveía, dice amargamente al hablar de esto, que el destino me reservase para ser testigo presencial de unos crímenes parecidos á aquellos de que fueron víctimas unos hombres tan grandes, y á participar de la gloria de sus martirios, despues de haber profesado sus principios.»

De este modo la imaginación, el carácter y los estudios de aquella muger, la preparaban sin que ella lo supiese

á ser una ardiente republicana. Solo la religion tan poderosa entonces sobre ella, hubiera podido contenerla en aquella resignación heroica que somete el pensamiento á las órdenes de Dios. Pero la filosofía vino á ser su fé y esta filosofía formó parte de su política. La emancipación de los pueblos se unió estrechamente en su pensamiento á la emancipación de las ideas. Ella creyó trabajar en favor de la humanidad contribuyendo á derribar los tronos y servir á Dios al mismo tiempo que trabajaba por derribar sus altares.

Tal es la confesión ingenua que hace ella misma del cambio repentino que hubo en sus ideas.

VIII.

Esta interesante jóven tenia numerosos pretendientes á su mano. Su padre queria casarla sin salir de su clase porque apreciaba sobremanera el comercio mirándole como la fuente de todas las riquezas. Su hija lo despreciaba porque á su vista solo era el comercio la fuente de la avaricia, por cuya razon la repugnaban todos los que á él se dedicaban. Quería encontrar un marido cuyas ideas y sentimientos estuviesen en armonía con los suyos, y solo deseaba hallar un alma simpática y no un hombre dotado únicamente de los bienes de fortuna. Hablando de esto se espresa del modo siguiente. «¿Acostumbrada desde mi niñez á tratar con los grandes hombres de todas las épocas, familiarizada con las altas ideas y con los grandes ejemplos, no me habia servido el haber vivido con Platon y con todos los filósofos, poetas y políticos de la antigüedad sino para unirme á un comerciante que nada verá, juzgará ni sentirá á la manera que yo veo, juzgo y siento.

La que esto decia, acababa de ser pedida á sus pa-

dres, por un rico carnicero vecino suyo. Ella se negó abiertamente á este enlace diciendo á su padre. «Yo no descenderé jamás del mundo de mis nobles quimeras. Lo que yo quiero no es tener un estado, sino amar y ser amada de uno que merezca el título de hombre. Preferiría morir soltera á unir mi alma á la de un ser que no fuese capaz de comprenderla.

Privada de su cariñosa madre, arrebatada por una muerte prematura, enteramente sola en la casa paterna, donde empezaba ya á entrar el desórden á causa de otros nuevos amores de su padre, la melancolia iba ganando terreno en su alma, aunque no logró dominarla. Reconcentrábase mas, dentro de sí misma, para reunir todas sus fuerzas contra el aislamiento y el infortunio, y la lectura de la *Éloisa* de Rousseau, que entonces la presaron, hizo sobre su corazón una impresion igual á la que Plutarco habia hecho en su entendimiento. Plutarco la habia puesto de manifiesto la libertad. Rousseau la hizo sonar en la felicidad. El primero la habia fortificado; el segundo la enternecía. Esperimentó la necesidad de esplayar su alma, y la tristeza fué desde entonces su musa favorita y severa. Empezó á escribir por consolarse, hablando de sus propios pensamientos, y sin ninguna intencion de llegar á ser escritora adquirió con aquellos ejercicios solitarios la elocuencia que la sirvió en lo sucesivo para animar é inflamar el pecho de sus amigos por las máximas de la libertad.

IX.

Esta muger paciente y resuelta á la vez á sufrir cuanto pudiera sobrevenirle, dió por fin con el hombre *antiguo* en quien tantas veces habia soñado su imaginacion. Este hombre era Roland de la Platiere.

Una de sus compañeras de infancia, casada en Amiens, ciudad en donde Roland estaba de inspector de una fábrica, fué la que se lo recomendó en una carta concebida en estos términos: «Recibirás esta por el filósofo de quien te he hablado algunas veces. Se llama Mr. Roland, y es un hombre ilustrado; al cual no puede echársele en cara otra cosa que su culto hácia los antiguos, el desprecio en que tiene á su siglo, y el alto concepto que ha formado de sí mismo.... Este retrato, dice madama Roland, era muy exacto. Cuando se me presentó ví un hombre de mas de cuarenta años, alto, descuidado en su modo de vestir y altanero como todos los hombres acostumbrados á vivir aislados. Sus modales eran sencillos y sueltos, y sin tener la elegancia de las gentes del gran tono, participaban de la educacion del hombre bien nacido, de la gravedad del filósofo. Sumamente delgado, de color bastante pálido, y casi calvo, sus facciones, aunque regulares, eran poco seductoras. Una sonrisa graciosa y una viva espresion en el resto del semblante, le hacian aparecer como otra figura distinta cuando se animaba hablando ó escuchando. Su voz era varonil, su hablar cortado y breve, como el de un hombre á quien faltase el aliento; sus discursos, llenos de cosas, porque su cabeza estaba llena de ideas, ocupaban mas el espíritu de lo que halagaban el oido. Su discusion era algunas veces picante, pero sin armonía. Es un don muy raro y muy poderoso sobre los sentidos este encanto de la voz; no consiste solamente en la cualidad del sonido, resulta tambien de aquella delicadeza de sensibilidad que hace variar la espresion modificando el acento.» Esto equivale á decir que Mr. Roland carecia de estas dotes.

Roland era hijo de una honrada familia cuyos individuos habian sido magistrados desde mucho tiempo y que tenian ademas pretensiones de nobleza. Por ser el quinto entre sus hermanos se le habia destinado á la carrera eclesiástica. Este estado le repugnaba, por lo cual se escapó de la casa de sus padres á los diez y nueve años y fué á refugiarse á Nantes. Admitido en casa de un armador se disponia para hacer el viage á las Indias, pero una enfermedad repentina le impidió embarcarse. Uno de sus parientes, inspector tambien de una fábrica en Rouen, le colocó en ella. Animada esta administración por el espíritu de Torgot, estaba en contacto con todas las ciencias por los procedimientos de las artes, y con los mas altos procedimientos de gobierno por la economía política. Hallábase poblada de filósofos entre los cuales se distinguió Roland. El gobierno le envió á Italia para que estudiase allí la marcha y los progresos del comercio.

Alejóse con sentimiento de su jóven amiga y la escribia con regularidad sobre materias científicas destinando aquella correspondencia á servir de notas á una obra que se proponia escribir sobre la Italia, cartas en las cuales, se descubria el sentimiento á través de la ciencia; pero que se asemejaban mas á los estudios de un filósofo que á las conversaciones de un amante.

A su vuelta madama Roland, volvió á ver en este hombre un amigo; su edad, su madurez, sus buenas costumbres y su habito de trabajar se lo hicieron considerar como un sábio que no existia sino para la razon. En la union que meditaban y que se parecia menos al amor que á las antiguas asociaciones de los tiempos de Sócrates y de Platon, el uno buscaba un discípulo, mas bien que una

muger y la otra un maestro mas bien que un marido. Mr. Roland se volvió á Amiens y desde allí escribió pidiendo la mano de madama Roland. Su padre se la negó rotundamente. Temia este hombre que el que queria ser su yerno fuese un censor de las operaciones del padre y un tirano de la hija. Informada ésta de aquella negativa por su mismo padre, se indignó y se retiró á un convento, sin sacar otra cosa de su casa que la ropa que llevaba puesta. Allí vivió con mucha estrechez, y se dedicó esclusivamente al estudio fortificando por este medio su corazon, y preparándole para hacer frente á su adverso destino. *Se venga tratando de merecer la felicidad que se la negaba.* Por las tardes recibia á uno de sus amigos y de dia paseaba una hora por el jardin, adquiriendo de esta suerte aquella fortaleza que le hace á uno resistir á su mala suerte, y aquella melancolía que entenece el alma y la hace alimentarse con su propia sensibilidad. Distraida con un estudio no interrumpido, pudo pasar menos mal los largos meses de invierno de su cautiverio voluntario.

Otro sentimiento amargo envenenaba interiormente hasta el mismo sacrificio que estaba haciendo. Conocia que no era correspondida porque se figuraba que Mr. Roland, al saber su resolucion habria corrido al convento para sacarla de él, pero el tiempo trasecurria y no solo no se presentaba Roland, sino que apenas escribia. Por fin compareció al cabo de seis meses. Este hombre volvió á inflamarse de nuevo á la vista de su amiga cautiva detrás de unas rejillas, y se determinó á ofrecerle su mano que ella aceptó sin dificultad. Sin embargo tantos cálculos, tanta vacilacion y tanta frialdad habian quitado á la jóven reclusa la poca ilusion que aun podia tener, y todos sus sentimientos hácia Roland se reducian á una grande estimacion y nada mas. Puede decirse que se sacrificó mas bien que entregarse. Parecióle muy hermoso inmolarle por hacer la felicidad de un hombre de bien: pero

llevó á cabo este sacrificio con la fria calma de la razon y sin que hubiese el mas minimo entusiasmo por parte del corazon. Su casamiento fué en ella un acto de virtud del cual gozó, no porque fuese dulce, sino porque la pareció sublime.

Aquí volvemos á encontrar á la discipula apasionada de Rousseau. El casamiento de madama de Roland es una imitacion perfecta del de Eloisa con Mr. de Volmar. La amargura de la realidad no tardó en manifestarse bajo el heroismo de su sacrificio. «A fuerza, dice, de ocuparme en la felicidad del hombre á quien me uní, noté que faltaba algo á la mia. No he dejado un solo instante de ver en mi marido uno de los hombres mas apreciables que existen, y al cual, podia honrarme de pertenecer; pero he conocido muchas veces que no habia entre nosotros paridad y que el ascendiente de un carácter dominante unido al que le daba á mi marido el tener veinte años mas que yo, hacia que estuviese demas, una de estas dos superioridades. Si viviamos en la soledad pasaba yo algunas horas penosas. Si frecuentábamos la sociedad era yo amada de muchos y notaba que podria suceder que alguno me interesase demasiado. En vista de esto me decidí á asociarme enteramente á mi marido en el trabajo, y me hice su copista y su corrector de pruebas, desempeñando esta tarea que yo misma me habia impuesto con una humildad que no era propia de un espíritu tan libre y tan ejercitado como el mio. Pero esta humildad era hija solo del corazon. Respetaba tanto á mi marido que me complacia en suponer siempre que era superior á mi; temia tanto verle enfadado, y él era tan adicto á sus opiniones que no tuve valor para contradecirle hasta al cabo de muchos años. A estos trabajos literarios se me agregaban las faenas caseras, y habiendo notado que no convenian á su delicada salud todos los alimentos, cuidaba de no darle sino los que eran saludables para él, cuatro años vivimos juntos en Amiens y allí

llegué á ser madre y nodriza á un mismo tiempo. Trabajábamos juntos en la *Nueva Enciclopedia* y no dejábamos estos estudios sino para dar algun paseo por fuera de la ciudad.»

Roland, hombre de carácter despótico, habia exigido á su muger desde el momento en que se casó que no se tratase con las compañeras de colegio que vivian en Amiens, porque era celoso y no queria que su muger quisiese á nadie mas que á él. En esto traspasaba los limites de la razon, porque una union tan austera como la del matrimonio necesita esplayarse de cuando en cuando en el seno de la amistad.

Esta tiranía de un sentimiento esclusivo no era compensada por el amor, porque Roland era demasiado exigente con su muger á la cual trataba mas bien como trata un rigido preceptor á un discipulo, que como debe hacerlo un marido con su esposa. Si esta no vacilaba en la pureza de sus sentimientos, era porque conocia lo grande del sacrificio y porque gozaba en cumplir con sus deberes, á la manera que goza el estóico con el dolor que sufre.

XI.

Al cabo de algunos años obtuvo Roland pasar con el mismo empleo á Lyon su patria. Vivia el invierno en la ciudad, y el resto del año lo pasaba en el campo al lado de su madre, muger respetable por su edad, pero insufrible en su trato. Madama Roland, que estaba todavía en la flor de su juventud se hallaba martirizada entre una suegra implacable, un cuñado rebelde, y un marido dominante. Aun al amor mas apasionado le hubiese sido duro soportar esta amarga situacion; madama Roland para dulcificarla, no contaba sino con el sentimiento del deber, con su filosofia, con un trabajo asiduo, y con las

caricias de su hijo. Esto la fué suficiente para trasformar aquel austero retiro en una morada encantadora, de armonía y de paz. Da gusto seguirla en esta soledad en que su alma se preparaba para la lucha, así como se complace uno en seguir á Juan J. Rousseau en sus primeros años.

XII.

Hay al pie de las montañas del Beaujolais en la larga holla del Sena frente á los Alpes, una cadena de colinas pequeñas amontonadas á manera de olas areniscas, en las que el labrador laborioso de aquellas comarcas ha plantado multitud de viñas que forman entre sí en su base valles oblicuos, y estrechas y tortuosas barranadas á cuyos lados se ven unos pequeños prados siempre verdes. En los prados corre continuamente el agua que se filtra de las montañas, y están cubiertas de sauces, de abedules, y de chopos. Los flancos y las cimas de estas colinas, no producen sino algunos melocotones silvestres, y grandes nogales que se hallan ordinariamente á las puertas de las casas de campo. En la pendiente de una de estas colinas areniscas está la *Platiere*, casa de un solo piso y de muy poco fondo, llena de ventanillas regulares y cuyo tejado es casi llano. Súbese á ella por cinco escalones de piedra, á cuyos lados hay una barandilla de hierro grotescamente trabajado. En el patio están los pajares, las bodegas y el lagar, y detrás un huerto pequeñito lleno de árboles frutales y de claveles. Hé aquí la descripción de este sitio. La vista tiene sin embargo donde esplayarse, bien se dirija hácia las montañas de Beaujeu, bien hácia las cimas de los Alpes cubiertas perpétuamente de nieve.

Tal fué por espacio de cinco años el horizonte que se ofreció á la vista de aquella jóven que pudo contem-

plar á su sabor toda la magnificencia que allí despliega la naturaleza, y por la que ella había anhelado tanto siendo jóven, cuando todo lo que podía ver por encima de los tejados de París se reducía á alguna perspectiva confusa de los bosques de la corona.

En la *Platiere* pasaba esta muger su vida entre los cuidados de la casa, el cultivo de su entendimiento y en hacer obras de caridad que es el verdadero cultivo del corazón. Adorada por aquellas sencillas gentes cuya Providencia fué, destinaba para aliviar su miseria lo poco que le sobraba, y se valía de sus conocimientos en medicina, para curarles en sus enfermedades. Muchas veces iban á buscarla de tres y cuatro leguas para que fuese á visitar á un enfermo y su casa estaba llena, los domingos, de aldeanos curados ya, ó convalecientes que iban allí á darla las gracias y á ofrecerla en prueba de su agradecimiento, castañas, queso ó manzanas. Ella admitía estos cortos obsequios y gozaba interiormente al ver que el pueblo de los campos, era justo, sensible y agradecido. Ella se figuraba que el pueblo desnaturalizado de las grandes capitales se parecería á este, pero la enseñaron en lo sucesivo que aquellos mares de hombres tan tranquilos entonces, tienen tempestades mas terribles que las del Océano; que las instituciones son tan necesarias á la sociedad, como el alveo á las aguas; y que la fuerza es tan indispensable como la justicia, para el gobierno de los pueblos.

XIII.

La hora de la revolución del 89 había sonado ya, y había ido á sorprenderla en el silencio de aquel retiro. Ebria de filosofía, apasionada por el ideal de la humanidad, y adoradora de la libertad antigua, se inflamó por